

Semblanza de Isabel la Católica

“Mulier timens Dominum, ipsa laudabitur” “La mujer temerosa del Señor ella será la alabada”. Prov. 31, 30. (1)

Excmas. Autoridas Públicas,
Honorable Cuerpo Diplomático,
Venerable Clero,
Amados Hnos. en N. S. Cto.

En un pueblo de Avila de tan poético nombre como el de Madrigal de las Altas Torres, el 22 de Abril de 1451, hoy cinco siglos justamente, “día de Jueves Santo, cuatro horas y dos tercios de hora después del medio día”, según anotaba en detallado Cronicón su doctor Toledo, “nació la Santa Reina Católica doña Isabel, hija del Rey Dn. Juan II e de la reina Isabel su mujer”.

Recordar un nacimiento con unas honras fúnebres parece inconsecuencia de un ambiente mundano; pero en uno cristiano como el presente, las honras fúnebres nos presentan la única ocasión en que dentro del recinto sagrado del templo se puede dedicar por entero un discurso en alabanza de una persona no elevada todavía al honor de los altares y con mayor razón si ella se nos presenta ataviada con el ropaje de ilustres hechos abrigados con tal cúmulo de ejemplares virtudes que su figura ha quedado en la Historia desde el principio aureolada con los resplandores de una auténtica virtud rayana en heroica santidad.

Tal es la figura de Isabel la Católica Reina de España y Madre de América.

Existe una tradición literaria que presenta a nuestra soberana como un prodigio del cielo y paralela a ella corre otra artística e iconográfica que adorna las sienes de Isabel, no bien muere, con el halo de los Santos glorificados por la Iglesia.

Apellidarla “cristianísima” fué común entre sus contemporáneos.

Su médico la llama Santa como la llamarán también Colón y las Casas; el dominico Andrés de Miranda la califica de elegida de Dios; Pedro Mártir: Caída del cielo; el Obispo Cartagena:

En la tierra la primera
y en el cielo la segunda.

(1) Oración fúnebre pronunciada en la Catedral de San Salvador el día 23 de Abril de 1951.

Palafox la compara con Santa Teresa de Jesús, y su confesor el P. Fray Francisco de Talavera, precisamente en una carta represiva de supuestos excesos, tiene un concepto tan elevado de ella, que la considera de paladar sano *in rei veritate* bendiciendo a Dios por ello, confiesa holgarse de razonar con ella como con los ángeles, y le dice no sin gracia: "Vuestra venida sea mucho en horabuena. Sabe Nuestro Señor cuan abiertos tengo los ojos para ver el suelo que vuestros chapines huellan y ponerlos allí por muchos ratos, ya que no puede ser todavía mis polutos labios; pero aquí, en esta honrada Alhambra, en aquellos ricos y lindos pavimentos y tan limpiamente losados, cúmplalo Nuestro Señor. Amén". A su confesor hacen coro todos los cronistas contemporáneos y cuantos la trataron de cerca teniéndola por una mujer sin par entre las reinas de España y aun las del mundo entero.

Grande fué Isabel y acreedora a toda nuestra admiración y gratitud por haber sido elegida para fraguar la unidad española con la fusión de las dos coronas de Aragón y Castilla y poner el colofón a una lucha de siete siglos contra el Islam con la toma de Granada.

Grande por haber intuído y favorecido la realización de los anhelos de Colón en los que iban envueltos el descubrimiento y la civilización de nuestro mundo americano.

Grande por el sentimiento cristiano con que impregnó desde un principio a manera de cariñosa madre el alumbramiento de nuestras naciones.

Grande por su percepción religioso-política de la unidad de la patria purificada de elementos heterogéneos resistentes a toda asimilación y dispuestos en todo momento a la traición en favor de sus medros personales.

Grande por su previsión y la prudencia en disponer para el futuro cercano y lejano cuanto pudiera desbaratar la obra entre tantos afanes hasta entonces cumplida.

Pero no menos grande en su actuación cotidiana, en la que se muestra en la intimidad de la conciencia y en fuerza de ella actúa en todos los momentos de la vida, cuando sola y acompañada, entre amigos y enemigos, de soltera y de casada, en paz y en guerra, en los días alegres y en los tristes, con los grandes y los pequeños.

Porque ser grande en el gobierno, se puede serlo por una coincidencia feliz de circunstancias, con la ayuda de avisados colaboradores o en virtud de decisiones momentáneas y afortunadas de repercusiones incalculables.

De hecho la historia nos ofrece ejemplos de tales hombres y por cierto no muy lejos de Isabel que por otro lado han sucumbido a menudo en el silencioso y continuado batallar del cumplimiento diario de sus obligaciones como hombres y como cristianos.

Ante todo lo que nos debe admirar en Isabel es la continuidad de su vida basada en los principios de la razón y de la fe católica aun de las circunstancias más comunes o más difíciles por lo que tenían de tentadoras o repelentes.

Huérfana de padre a los tres años, acompaña a su madre viuda en el retiro de la villa de Arévalo durante siete años que fueron para la rubia

infantita de espíritu despierto y magníficos ojos azules, años de formación adusta y callada observación de cuanto sucedía ante su vista o llegaba a su oído de los procederes no muy edificantes de la corte. Trasladada a ella, considerada como la más corrompida de Europa, apenas cumplidos los nueve años, en 1661, creció junto al fango como una azucena vigilante y solícita de su honor y rectitud de intenciones que supo defender llegada la ocasión, con oración continua y ánimo intrépido y previsor contra los múltiples asaltos de la concupiscencia, el cálculo político y la ambición.

A los 17 años, al ser reconocida por heredera de su hermanastro Enrique IV al trono de Castilla, si es Isabel la joven de tantos envidiada, conocedora del romance, el latín y el francés, amicísima de la música, diestra jinete, sabe también manejar entre sus dedos la aguja de bordar y la rueca y sobre todo, se siente consciente ante Dios de sus obligaciones, dueña de sus destinos que ni el engaño ni la amenaza podrán frustrar.

No permitió que nadie le impusiese la elección de quien había de compartir su vida. Y unida en matrimonio el 31 de Agosto de 1469 a Fernando, heredero del trono aragonés, comenzó a ser la esposa fidelísima y paciente, la madre cariñosa y el ama de casa previsor, de que nos habla la Escritura, al mismo tiempo que hacía levas de tropas y las conducía a la victoria en defensa de sus derechos reales y la integridad territorial de su patria.

Se da en Isabel una feliz conjunción de las cualidades exigidas por las circunstancias más dispares impuestas por su condición de mujer y gobernante de pueblo sumido en la más profunda objeción que ella en poco tiempo elevará a la categoría de nación de primer orden.

Su honestidad que conservó siempre algo de virginal, nunca le permitió de casada danzar con ningún hombre por respeto a su marido, pero tampoco le impidió dirigir sus tropas a la victoria en blanco alazán ni ser el centro de brillantes desfiles.

Su humildad recibía con la mejor voluntad los avisos de sus confesores tocantes a circunstancias de su vida que hoy consideraríamos baladíes, y no por eso dejaba de mostrarse con aires de soberana inapelable y defender sus puntos de vista aun ante el Sumo Pontífice y sus Nuncios Papales.

De efusiva y compasiva bondad desde el más pobre sirviente o soldado al más poderoso de los señores de su reino, sabía con todo, ser inflexible al exigirle la justicia hasta ver rodar impávida las cabezas de incorregibles rebeldes o malvados.

Era afable llena de gracia que la convertía en el ídolo de su pueblo, y al mismo tiempo se confesaba inmortal y hastiada de los pasatiempos mundanales.

Cuando dolores indecibles, vinieron a herirla en lo más delicado de su ser de mujer, esposa y madre, la contemplaban respetuosos sus súbditos "mudada de color y de figura, atribulada y cansada" pero siempre resignada, llena de una gran fortaleza interior que iba a beber en los puros manantiales de su cristiana fe.

Aquí, en la religión bien conocida y hecha norma de su vida encontramos el secreto de las armonías de Isabel. Dios y su Ley constituían para

ella la primera norma de gobierno individual y público; el fomento de la religión, la base más firme de la paz y felicidad de sus estados. Otros podrían compartir con ella estas normas de una manera empírica y egoísta, para uso ajeno y en provecho propio; para ella constituirán el ambiente natural y más sincero de su propia personalidad. A Dios tiene presente en todo momento. A El y a sus ministros acude en sus dudas y en sus penas; con oraciones y penitencias prolongadas procura atraerse sus gracias; en sus sacramentos busca la vida superior de su alma; la Virgen y los santos son para ella amistades de familia; y nada le dolerá más ni procurará con más empeño sino que las personas consagradas a Dios y olvidadas de sus deberes, vuelvan otra vez al camino abandonado, y con esto se conquistó sin pretenderlo el título de precursora de la reforma general de la Iglesia, y salvadora en España del cataclismo en que la iba a envolver pocos años más tarde la excisión luterana en otros países europeos.

Así y sólo así, porque no se puede comprender que pudiera serlo como lo fué de otro modo, Dios la preparaba para ser la Madre de América, la Madre de aquella multitud de gentes cuyo número y simplicidad, manse-dumbre y costumbres, disposición aptísima y habilidad para ser reducidas a nuestra santa fe católica, ponderaba Colón a la Reina después de su primer viaje.

Fué insigne mérito de Isabel el haberse reservado el ayudar a Colón en su empresa, porque en su sentir "tal como aquella, no era sino para reyes". Pudo moverla a ello su ánimo generoso, mas fué su religiosidad la que le impulsó a buscar en ella "ánimas que se salvaran más que tesoros y nuevos estados", en frase de Fernando de Oviedo, tanto que afirmó una vez al Almirante, receloso de que los reyes cesasen en su ayuda por los muchos gastos y escasos resultados materiales, "que no se preocupase porque su voluntad era de proseguir en esta empresa y sostenerla aunque no produjese sino *piedras y peñas*, teniéndolo todo por bien gastado, lo pasado y lo por venir, porque creía que nuestra santa fe sería acrecentada y su real señorío ensanchado".

Inmensa y pura fué la alegría de los reyes al recibir a Colón después de su primer viaje y dar gracias a Dios del descubrimiento, y "singularmente", prosigue las Casas "la santa Reina Dña. Isabel daba a todos a conocer que su principal gozo y regocijo procedía de haber sido hallados dignos ante el divino acatamiento de que, con su favor y con los gastos aunque hartos pocos de su Real Cámara, se hubiesen descubierto tantas infieles naciones y tan dispuestas que en sus tiempos pudiesen conocer a su Criador y ser reducidas al gremio de su Santa y universal Iglesia y dilatarse tan inmensamente su católica fe y cristiana religión".

Quisieron los reyes, a una con su heredero D. Juan, ser los padrinos de los seis indios traídos por Colón, acto en el que bien podemos ver a todas las naciones americanas llevadas a la fuente de su regeneración espiritual por las manos de tan piadosos reyes, como de hecho lo fueron en virtud del patronato que a no tardar recibieron de Su Santidad el Papa Alejandro VI y por el que éste descargó en ellos y en sus descendientes el formidable peso de la evangelización de todo el Continente Americano.

Que los reyes aceptaron conscientes de su responsabilidad semejante encargo, lo comprueba toda la historia posterior de trescientos años, y por lo que hace a Isabel, así lo dice el comendador Ovando "Nos deseamos que los indios se conviertan a nuestra Santa Fe Católica e sus ánimas se

salven, porque este es el mayor bien que les podemos desear", y en consecuencia, dicta órdenes para la conveniente instrucción religiosa de ellos al mismo tiempo que asegura su bienestar social con casas y heredades, les provee de misioneros, se afana porque nada les falta en lo tocante al culto divino, impide la llegada de quienes pudieron serles un peligro para su conversión, prohíbe que sean tomados como esclavos, y ya moribunda, a los cincuenta y tres años de su edad, su corazón se vuelve a ellos con anhelos e insistencia de madre solícita para repetir que su principal intención al suplicar la Bula Pontificia fué "la de procurar inducir y traer los pueblos a los convertir a nuestra santa fe católica", y en consecuencia, "suplico" dice "al rey mi señor, muy afectuosamente, e encargo e mando a la dicha princesa, mi hija, e al dicho Príncipe, su marido, que así lo hagan e cumplan, e que este sea su principal fin, e que en ello pongan mucha diligencia e non consientan ni den lugar que los indios vecinos y moradores de las dichas Indias y tierra firme ganada y por ganar, resciban agravio alguno en sus personas e bienes, mas mando que sean bien e justamente tratados, y si algún agravio han rescibido lo remedien e provean, por manera que no exceda en cosa alguna de lo que por las letras apostólicas de la dicha concesión nos es inyungido y mandado".

"El elemento creador de la conquista" escribía hace algunos años un autor no católico "es la presencia humilde, pero penetrante, del amor cristiano. . . El español al cruzarse con la india, comenzó a vivir espiritualmente con ella hasta que sus vidas crecieron juntas. . ."

Era la trayectoria indicada y ardientemente deseada por Isabel convertida, gracias a su religiosidad, en la Madre de América. Queramos seguirla sin apartarnos de su espíritu nosotros a quienes toca recoger y desenvolver su herencia.

Para terminar no se me ofrecen palabras más a propósito que las de Colón al enterarse de la muerte de la gran Reina, cuando ya pisaba tierras españolas después de su cuarto y último viaje: "La principal cosa es encomendar afectuosamente y con gran devoción a Dios el alma de la reina nuestra señora. Su alma fué siempre católica y santa y presta a todas las cosas de su servicio; por esta razón podemos estar seguros de que se encuentra ya en el seno de la gloria de Dios y lejos de los cuidados de este mundo agrio y fatigante".

Quiera el Señor que un día nos conste ser así por la voz infalible del Vicario de Jesucristo para honra de Dios y de la que el Papa Sixto IV juzgaba mujer "enriquecida del cielo con eximias virtudes". Así sea.

LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

- B. MURUZABAL, S. J.**—Profesor en el Colegio de San José, San Salvador.
S. GARRIDO, S. J.—Profesor de Historia Eclesiástica y de Sagrada Escritura en el Seminario Central de San José de la Montaña, San Salvador.
A. LANDARECH, S. J.—Profesor de Literatura en el Colegio Externado de San José, San Salvador.
I. PINEDO, S. J.—Orador y escritor que reside actualmente en Managua.
A. MARTINEZ, S. J.—Poeta conocido en América y España.
M. LIZCANO PELLON.—Destacado intelectual católico español que actúa brillantemente en el campo de la Acción Católica.
MONS. PLANTIER.—Prelado de San Miguel, El Salvador.